



Mónica Bueno

*Macedonio Fernández: la vida y la literatura.
Itinerarios y escorzos de una poética de la inexistencia*

Editorial Académica Española

2013

338 páginas

Julián Abel Fiscina¹

Notas sobre una vigilia de ojos abiertos

Quien haya tenido la experiencia de leer a Macedonio Fernández seguramente recordará con fascinación el estremecimiento: repentinamente, uno se descubre oscilando en un mar de posibilidades cuya única certeza es la sensación de tener un libro entre las manos y los ojos abiertos. Este efecto de lectura, profundamente metafísico si los hay, al

que el mismo autor llama “el choque de inexistencia”, parece ser el germen del libro de Mónica Bueno, quien ya desde el subtítulo identifica esta experiencia del lector con la propuesta del escritor, postulando “una poética de la inexistencia”.²

La escritura de *Macedonio Fernández: la vida y la literatura* surge de

¹ Profesor en Letras para EGB3 y Polimodal por la UNMdP. Ejerce como docente en varios establecimientos de educación secundaria, de gestión pública y privada. Miembro del grupo de investigación "Cultura y política en la Argentina" dirigido por Mónica L. Bueno y co-dirigido por Miguel Ángel Taroncher. Adscripto en tareas de docencia y de investigación a las cátedras Literatura y cultura argentinas I y II en las carreras del Profesorado en Letras y la Licenciatura en Letras, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. Mail de contacto: julianfiscina@hotmail.com.

² En su *Museo de la Novela de la Eterna*, que es una novela a la vez que una teoría de la novela, Macedonio desarrolla esta idea considerando la novela como vehículo privilegiado: “quisiera que se me reconociera ser el primero que ha tentado usar el prodigioso instrumento de *connoción concienical* que es el personaje de novela en su verdadera eficacia y virtud” (2007: 24), pues “esta impresión oblitera y liberta del miedo nocional o intelectual que llamamos temor de no ser” (42); “operar [...] un choque de inexistencia en la psique de él, del lector, el choque de estar allí no leyendo sino siendo leído, siendo personaje” (43).

esa fascinación inicial que hace abrir los ojos, pero que no se contenta en la contemplación hipnótica, que no se instala en el sonambulismo que conlleva ese “susto”, sino que se reconoce vigilia. Luego del efecto de lectura, se despierta en Mónica Bueno la mirada crítica. Sabiéndose de ojos abiertos, es capaz de correr la vista, ampliar el horizonte de la mirada, revisar con atención e invitar a otros a disfrutar de la vista.

La propuesta central del libro es explorar la figura de autor que Macedonio construye en sus textos y sus vinculaciones con las expectativas que la época tiene para sus intelectuales y hombres de letras. Para eso, la autora adopta y expone dos importantes decisiones críticas. En primer lugar, realiza una periodización de la producción macedoniana. Al haber vivido y escrito él durante un período amplio, en el cual las coyunturas variaron considerablemente, Bueno distingue tres etapas: el *Fin de Siglo* y su modulación de la Modernidad, la *vanguardia* y los años '40. Como se ve, los criterios asumidos para el planteo de tales cortes son sociológicos y culturales más que históricos, y encuentran su sustento teórico en autores como Raymond Williams y Michel de Certeau. En segundo lugar, opta por una perspectiva genealógica para recorrer los textos del autor, busca procedencias y reconoce emergencias. En este gesto se reconoce la prosapia de Nietzsche –quien fuera varios años contemporáneo de Macedonio– y de dos de sus más prolíferos seguidores: Michel Foucault y Giorgio Agamben. La periodización y la mirada genealógica aportan claridad y cohesión a la estructura que ordena todo el libro. En la conjunción de estas dos coordenadas intelectuales se funda la mirada crítica de Mónica Bueno quien, al observar los modos de representación de la realidad y el diálogo

velado con otros discursos, puede mostrar desde los textos de Macedonio los cambios en la época, es decir, las formas o estilos discursivos que va adoptando la experiencia. El corpus de análisis, por lo tanto, es la totalidad (conocida) de la producción (dispersa) de Macedonio, incluyendo textos de toda índole: cartas, poemas, novelas, artículos sociológicos, disquisiciones filosóficas, anotaciones marginales, etc.

Una genealogía organizada

Aunque las propuestas genealógicas suelen ser sumamente interesantes y fecundas para considerar determinados problemas o cuestiones nodales a través del tiempo, a menudo ofrecen una organización caótica que dificulta la comprensión a los lectores no asiduos a este tipo de formulaciones o a quienes “recién llegan” al tema (¡gracias, Macedonio!). No es este el caso. La periodización inicial es el eje de todo el volumen y, aunque no ambicione ser una *Historia de la literatura*, bien puede ser leído como tal, es decir, como un recorrido histórico de la escritura y de la lectura acotadas al ámbito porteño y a tres épocas de su historia cultural, bajo el amparo de un autor paradigmático.

La definición de una poética macedoniana conduce la propuesta genealógica de Bueno que va tomando forma gracias a la selección de –al menos– cuatro núcleos significantes cuyo análisis va tejiendo y cohesionando el recorrido histórico que estructura el libro, a saber: la noción de sujeto, la cuestión del género, la forma de concebir la experiencia y, vinculada con esta última, la vanguardia.

Respecto de la idea de *sujeto*, la autora recuerda su aparición en el panorama filosófico a partir de la *Modernidad*: “es evidente que la cuestión

del sujeto es uno de los estigmas de la modernidad. Por estos tiempos, el yo toma conciencia de sí: maravilla y espanto de ser yo y solamente yo” (36). Esta incomodidad es, para Bueno, la piedra basal de la poética macedoniana: el escritor porteño revisa agudamente la noción del yo, la problematiza al extremo y concluye en que *el yo es ficcional y contingente*. Lo único que Macedonio deja prevalecer de las antiguas definiciones y que a la vez marca el punto de concreción del sujeto es la Voluntad, dado que es portadora de la Ética. Previamente a las postulaciones llamadas “posmodernas”, él considera al sujeto como un ser despojado, a la intemperie. La precariedad del sujeto no está en su ser mortal sino en su cualidad de ser olvidado y su única vía de salvación es el Amor: uno no olvida a quien ama. La crítica marplatense reconstruye esta concepción macedoniana desde una lectura atenta de sus primeros textos observando en su obra póstuma la trasposición literaria de sus teorías.

Vinculada con esta idea de sujeto surge una concepción particular de la *experiencia* entendida no como una vivencia o una sensación, sino como un saber que se adquiere mediante la praxis de ciertas operaciones destinadas a descubrir, comprobar o demostrar determinados fenómenos. El escritor afirma que uno sólo puede experimentarse a sí mismo (Bueno 2013: 66). Como se verá más adelante, esta es la clave donde se funda para Bueno la relación entre vida y literatura en la poética del autor: en la experiencia surge aquella teoría del sujeto desde la que se originan sus ideas artísticas y vitales, y la vanguardia aporta el contexto que permite la comprensión del alcance rupturista de la poética macedoniana.

Macedonio, el pensador argentino y la tradición

En las marchas y contramarchas de la mirada genealógica, la figura de autor de Macedonio emerge generalmente por contraste con su época. Su actitud siempre rupturista y combativa puede cifrarse en el conflicto entre él y la tradición, en su prerrogativa vanguardista de hacer algo nuevo con –contra– lo viejo. Tempranamente se perciben sus esfuerzos por anular la primacía de la herencia: uno de sus primeros artículos se titula “La desherencia” y constituye una crítica al socialismo publicada en el periódico socialista *La Montaña*; en los años veinte, Macedonio enjuiciará la literatura dentro de la literatura misma; en los cuarenta, se valdrá de las convenciones de la novela para establecer una nueva teoría de la novela.

La figura de Macedonio como pensador crítico y corrosivo resulta una de las reconstrucciones más llamativas del libro. Bueno intuye que ahí está la clave para la comprensión de su producción. Siempre fiel a su propuesta genealógica, vincula el pensamiento macedoniano con el de los antiguos estoicos y, recurriendo a Deleuze, expone su reflexión sobre el sentido-superficie que se opone a la bidimensional lógica platónica de altura/profundidad: “el sentido aparece y desaparece, evanescente” (53). Por otro lado, y retomando su particular modo de entender al sujeto, vale decir que el pensamiento es para el autor un acto de voluntad, un trabajo y un esfuerzo, una de las formas de experimentarse a uno mismo: si el único bastión que Macedonio deja en pie de la antigua concepción del sujeto es la Voluntad, el yo adquiere las características de un asceta, similar al que conoce la tradición cristiana de los primeros siglos. El sujeto pensante es un sujeto laborioso cuyo esfuerzo se aplica en el trabajo con las imágenes, condensadoras de sensaciones y percepciones que constituyen su psique. En la reflexión

crítica de Bueno queda expuesta con suma claridad, una y otra vez, la relación entre praxis vital y praxis literaria.

Esta dinámica de pensamiento estoico-ascética que emerge en los textos de Macedonio encuentra su correlato en la concepción que tiene de la escritura: un ejercicio nunca acabado, donde las experiencias de lector y autor son intercambiables, donde ambos se esfuerzan en la búsqueda del sentido. El texto se convierte así en un no-lugar de eterno-presente, en un texto infinito y, en tanto que anula el olvido, en un acto de amor.

Experiencia, novela y vanguardia

Pero es en los dos capítulos finales donde hay que buscar el corazón de este libro: allí Bueno reúne todos los conceptos y aproximaciones que ha desarrollado parcialmente en los capítulos introductorios. El tercer capítulo está dedicado a analizar *Museo de la Novela de La Eterna*, la primera novela buena, eje de prácticamente todos los estudios críticos macedonios, y aquí se condensa y explota la hipótesis del libro: la literatura de Macedonio trasmuta, traduce la experiencia vivida en un relato, aportándole también un sentido a la experiencia narrada. La autora procede rondando el concepto de experiencia desde las aproximaciones filosóficas (y a veces contrapuestas) de Adorno, Benjamin y, especialmente, Foucault y Gadamer. La noción se complementa con una particular concepción del lenguaje: la convicción de su poder para contar y dar sentido a la experiencia. En esta conjunción es donde Bueno encuentra la piedra basal del proyecto macedoniano.

En este sentido, la ensayista analiza la compleja relación entre la experiencia

estética que la burguesía hace de la novela, signada por la representación mimético-realista, y la vanguardia, pues ve en esta encrucijada la mayor ambición literaria de Macedonio. Si la época tiene en ese género un espacio para encontrarse con su propio lenguaje y reafirmarse, él convertirá ese lugar tradicional en un laboratorio: la experiencia tomará la forma de un experimento con el lenguaje y permitirá “poner la vida en obra”. La “vida literaria” es, entonces, el espacio donde se define la noción macedoniana de experiencia, y encuentro en *Museo* su forma literaria más acabada.

Macedonio y los otros

Si *Museo* es para Bueno “la narración de la experiencia del antirrealismo” (156), es además el puente entre la “alta cultura” y la cultura de masas, con lo cual “la experiencia individual que el relato identifica es también una forma de la experiencia social” (161). El incisivo análisis de la novela habilita la consideración de su idea de comunidad, la cual es explorada en el último capítulo del libro a partir del análisis de las formas en que Macedonio hace experiencia de sí mismo para luego abrirse a los demás en un juego dialogal. La conversación, dispositivo central de la novela, se transforma en el eje para considerar asimismo la vida del autor y su relación con los otros. En este capítulo final, donde aparecen citas de textos inéditos, se revisan los vínculos reales, posibles e imposibles, para concluir con la idea de que, en la vida y en la literatura de Macedonio, la conversación es el dispositivo que vehiculiza la utopía.

Consideraciones finales

Con un poderoso aparato filosófico, fiel al objeto de estudio seleccionado, y una claridad notable, Mónica Bueno ha encontrado en su libro la manera de escapar lúcidamente de las rarezas de la fascinación macedoniana y, haciéndolo, ha logrado la caracterización cabal de tres de las épocas más llamativas en las letras argentinas. Esto sólo puede surgir de una lectura atenta –amorosa– del esfuerzo de Macedonio por mezclar la vida y la literatura, por reflexionar sobre los alcances vitales de la ficción y del pensamiento, por conjurar la inexistencia. Este libro resulta, por tanto, no sólo un aporte a la importante genealogía de críticos macedonianos, sino también a todos los lectores que busquen una aproximación lúcida al amplio y variado período que abarca las décadas más

agitadas de la cultura argentina, con sus modulaciones sociológicas y filosóficas, y su repercusión en la escritura literaria. Pero fundamentalmente, este texto es, como quiere Macedonio, “un lugar de encuentro, [...] un espacio amoroso” (75); como esa luz que traen los amigos, que nos hace abrir los ojos y sabernos despiertos.

Referencias bibliográficas

- Bueno, Mónica (Comp.) (2001). *Conversaciones imposibles con Macedonio Fernández*. Buenos Aires: Corregidor.
- Fernández, Macedonio (2007). *Museo de la Novela de la Eterna*. Buenos Aires: Corregidor. Volumen 6 de las *Obras completas* dirigidas por Adolfo de Obieta.